

Vida

Vida que me quieres vivo
sin tanto dormir
en los tramos del sueño,
¿quién ha de tender la cama?
Quedan muchos bosquejos
y retazos de nada
haciéndose un mismo verso.

Vida que me pides
construir cuán arquitecto
un palacio para el viento
que nunca mostró su cara;
ya no quiero oír el vals,
no ver a bailarines en la pista
de rosadas baldosas
en verdad, no quiero.

Vida que ansías más logros
en la meta alcanzada
por quien no creía hacerlo,
no te maquilles con fracasos
aunque te obliguen los perversos
a robarle a la luna un brillo nuevo.

Vida que terminas
sin amar al último sendero
olvidando que fue el beso
sin abrazos ni cordura
el que aniquiló un secreto.

Vida que eres huellas
de un camino perfecto.
Cobija a mi alma en la desdicha
para que en las letras,
vacío, siga latiendo.

Sentimiento

Si me alejo
como recuerdo tibio de las aguas del Tunuyán,
que no lo sepa la Torre, tampoco la Ripiera.

Si me alejo
que El Álamo me abrace de vez en cuando,
así estaré con ustedes.
Entonces seguirá mi voz en el Pueblo
y seremos de la tierra
como una vez soñamos.
Seremos puñado de vientos
-al sol- expresando letras de lucha.
Seremos adobes,
seremos canto.

El Milagro

Aguardó hasta la finalización del encuentro. Fue un ajustado marcador que, favoreció finalmente a *El Fortín*, ataviado de azul y con una "V" en amarillo: club que terminó venciendo por la mínima diferencia a *La Consulta* en el recinto deportivo aromado de hazañas futbolísticas, lindante a la emblemática Sixto Videla.

Salió del lugar en el que, sin ser foráneo, era uno de los tantos visitantes colmando un trecho de pasión y caminó hacia la plaza General San Martín, ubicada a escasas cuabras. Oyó las primeras bocinas de la caravana victoriosa por el resultado a favor en el clásico de la principal población sancarlina; la que emerge altiva con ímpetu norteño en la geografía local.

Se sumergió en un mundo sereno al ver los pájaros que volaron encima de él y, mirando hacia el este, comprendió, pues, que debía entrelazarse místicamente como hacía mucho no venía ocurriendo.

La alegría no era del todo intensa. Lo acontecido días atrás le preocupaba, lo colmaba de una congoja por demás apreciable.

Sabía que más de una hora lo separaba de su destino. Caminó, surcó el último farol sin encender del bulevar y a unos contados metros, divisó todavía los restos de cristales que brillaban con los rayos de un sol que agonizaba.

Aquella imagen lo obligó a apresurarse. Se percató de un carolino imponente, de una represa en la que, una que otra ave, se animaba a chapotear. Vio una garita vacía, una calle con sabor a historia enfrente, pero no detuvo su marcha.

Alcanzó la "Bomba de Chalub" cuando pudo contar cuatro bodegas detrás suyo que sabían de producciones y de olvido, siempre en el trayecto que no se considera como zona urbanizada, claro. Y le sonrió a sus pies cansados mientras pitaba lo que prendió un tramo antes y que se convertía en un alocado humo invisible compartido con el firmamento rayado por un tanque emblanquecido y que empezaba a indicarle en tonos, que pronto llegaría la noche.

Allí, en lo Prieto, bebió agua sin entender del todo eso de la pureza que limpiaba su rostro, que tenía en sus manos a través de ese líquido reclamado y aclamado por generaciones.

Continuó. Los vehículos, iluminaban su mirada que supo capturar a esa querida escuela que a más de uno le arrebatara suspiros al evocarla, sumando a la hermandad de una colonia que, yacía en un plano callado a un costado.

Por fin se adueñó de la capilla rosada. Se persignó y lentamente se dirigió a la Virgen de la Medalla Milagrosa que en su estampa aclarecida le tendía sus brazos.

Se arrodilló. En silencio, pidió por su amigo que aún no despertaba. Una lágrima se resbaló hasta golpear con rudeza, con insolencia en el piso del rincón sagrado y otras le siguieron. Miró a la imagen de la Madre de Dios entronizada en un espacio oriental y rezó un sentido avemaría. Le habló a la mujer que palpó el sufrimiento debajo de un madero, le rogó por un milagro, sin notar, que el expreso de las veinte, por la cuarenta, se había detenido para proseguir luego hacia el sur del departamento.

Pasaron tres minutos, tal vez cuatro, con la añadidura de algunos segundos dispersos en el tiempo. Alguien le tocó el hombro para decirle:

"-Renzo..."

Él, se enderezó. No ocultó el fulgor en sus ojos agotados y con una mueca de tenue algarabía, expresó:

"-¡Hola, Valeria!"

La muchacha se iluminó de sonrisas y con grata emoción, le contó:

"-¡El Franco, despertó! Debe ser una especie de milagro... no sé... me cuesta mucho entenderlo. Mirá que los golpes del accidente fueron muy severos..."

-¿En serio? –interrumpió el de la súplica.

-Estoy feliz... Bueno, estamos felices."

Entonces, el jovencito de aquella tan necesaria caminata, se quedó atónito por lacónicos segundos para observar luego a la advocación emblanquecida. Valeria, habló de nuevo:

"-Vamos. Ahí, está mi papá esperándome. Te conocí por la camiseta."

Y Renzo se quitó la casaca del club triunfante en las horas previas al diálogo. La dejó a los pies de María Santísima, de la advocación mariana que da la bienvenida distrital, que bendice a los que recorren las arterias pavimentadas... la dejó en donde abundan las flores, las velas, los rosarios, las chapitas con agradecimientos y un sinfín de elementos que reflejan la gratitud por promesas, por peticiones cumplidas.

La que con acierto le comunicó de la buena nueva, tomó otra vez la palabra. Le dijo:

"-¿Estás loco?! Te va a dar frío.

-No pasa nada. Tenía que hacerlo..."

-Bueno. Pero, ¿cómo salió el partido?

-¡Ganamos uno a cero!"

Y se fundieron en un acotado abrazo para después caminar hacia el automóvil que los llevaría al centro, no pudiendo dejar de pensar en lo sucedido; ese milagro que nadie imaginaba y que, la fe, había contribuido para sostener con luz eterna a quienes por momentos, se conducían por un sendero oscuro.

Amorío en Vendimia

No sintió vergüenza al saludarla con dos besos, es costumbre hacerlo en estos pagos de la Mendoza de adentro, la que brama al amalgamarse de sanas tradiciones –hiladas todas– en una excelsa versión añeja y atrapada de virtuosismo.

Le obsequió una, casi, desapercibida sonrisa y se limpió el rostro mosteado. Caminó y las fichas de su bolsillo emitieron un minúsculo canto de roces aventurados en el sueño del progreso.

La miró por quinta vez aquella tarde de un cielo nutrido de nubes, la observó sin animarse a modular la cuyana tonada que su abuelo, el buen hombre contratista, le había enseñado en aquellos tiempos lejanos, inscriptos en la bóveda del alma que suele a menudo evocar a los recuerdos.

Bien cargado su tacho de portentosas uvas, se lo echó a cuestras y, con dificultad, desfiló en el trayecto que, desde la hilera al camión, le arrebatava apenas un par de minutos en su jornada de vetas trovadoras.

Ya en el banco, tan rústico como bohemio, pensó. Fue allí que le crujió el alma al imaginarla cercana otra vez, aliada a su anhelo de palpar en concordia un nuevo amorío.

Dando pasos acelerados, llegó a la muchacha hija del viejo amigo de su padre, la que se iba cada tanto a la ciudad de bullicio prominente, sin perder el encanto de las mujeres rurales; las nacidas y criadas en el pequeño país de calles de tierra, de aromas a campo, de vida serena y que resurge por lo general llegado el tercer mes, porque dicen los poetas del vino, los sabios de la bebida mágica que, marzo todo lo puede al ser conquistado por los benevolentes aires del misticismo.

Entonces la tierra hizo de las suyas. Los surcos adyacentes a la compuerta enamorada del gualicho loable, propinado por el agua que ruge, se fundieron a los latidos emergentes y así, reinó la sensatez, primó la cordura después de la sublevación impetuosa del corazón rasgado.

Hubo una sigilosa oración en la represa, como para mandarle una veintena de plegarias a la Virgen de la pequeña gruta erigida en la mitad del callejón. Se respiró un cúmulo de quietud en ese puñado de viñas que le agitan en poemas, siete suspiros a los pies de los Andes.

La miró sin hablarle, la invitó a quitarse los miedos y, ella, comprendió el mensaje oculto detrás de los ojos marrones del bardo dueño de una timidez profunda así como los abismos propios de una surgente.

El ahínco de lo secreto –en un principio–, dio frutos por fin en pleno auge de una próspera cosecha. Valió la pena atestiguar el brindis amurallado de virtudes inquietas... el cruzar, despampanar, podar y amontonar mil gavillas de sarmiento.

Regaron las ilusiones sembradas en el prólogo que gestaría un triunfo vociferado en el golpe de una reja, porque la alianza del suelo arado y labrado, terminó por convertirse en el perfecto vínculo de las bendiciones eternas.

Los dos construyendo, los dos reflejando la armonía de las acequias. Se vertieron en las orillas de la premura necesaria, se perdieron en los temores urgentes y al desprenderse del firmamento sus primeras lágrimas, formalizaron el contrato que no puede verse, más sí, sentirse.

¡Debe haber sido el vino! Seguramente conspiró con el viento, con los escasos árboles y sus pájaros posados en un par de ramas. El vino... ¡Sí! Tinto, blanco y rosado...

La chica lo tomó de las manos y una caricia desplomó el paredón de adobes acobardados, dando pie a un tierno abrazo, dulce y sentido, que culminaría por ver fundidos los labios jóvenes de aquellos que, luego de mucho tiempo, habían descubierto por fin, lo que significaba hacer Vendimia.